

Carrero Blanco. Historia, teorías conspirativas y ficción. Fernández y García hacen referencia a una serie documental de 2006 llamada *Víctimas. La historia de ETA*, de Telemadrid. En ella Xabier Zumalde, jefe militar de la organización terrorista, explica que ETA consiguió cometer el atentado "como siempre, a lo bruto, como pudo". Y grabado en cámara oculta, Wilson, el exmiembro del comando Txikia, con una copa de vino y visiblemente beodo, niega la hipotética participación de la CIA, diciendo "pero qué la CIA, si la CIA, la CIA, y tal y cual. Son una banda de borrachos, pero que no se enteran ni de lo de Carrero, no se enteran ni de lo del 11-S..."

"A los opositores al régimen les pareció tan increíble que incluso atribuyeron el asesinato a la CIA. Pero probablemente la explicación del éxito del atentado es la más sencilla imaginable. ETA no había hecho atentados fuera del País Vasco y los servicios policiales eran tan brutales como poco eficientes", escribió hace unos años en este periódico el historiador Javier Tusell.

A su vez, los historiadores reconocen que en 1973 llegó a Madrid algún aviso de las fuerzas de seguridad en el País Vasco informando de que había movimientos extraños en el seno de ETA y que podían estar preparando alguna acción contundente. No se dio importancia a esos avisos. Según Rivera, los férreos hábitos de Carrero —que se movía en un coche sin blindar, con solo tres escoltas armados—, el sentimiento de impunidad que da el poder y la poca consideración que se tuvo de la audacia de unos veinteañeros (los etarras asesinos) hicieron lo demás.

El atentado se debe a la extraordinaria temeridad de un gru-

Fuente, Joaquín Prieto y Javier García, autores de *Golpe mortal* (Ediciones Prisa, 1984).

La espectacularidad de la muerte de Carrero Blanco oscurece su extraordinario peso político en la dictadura, borrando parcialmente el hecho de que fue el hombre de máxima confianza de Franco y factótum de las decisiones más estratégicas del régimen.

Franco y Carrero se conocían desde 1925, pero su figura política emergió en 1941, cuando un informe suyo convenció al dictador de no involucrarse directamente en la II Guerra Mundial de la mano del Eje, alejando a los falangistas, con el germanófilo Ramón Serrano Suñer a la cabeza, del círculo más estrecho de poder. "Franco detecta su capacidad y talento a partir de ese informe", explica Castellanos. A su vez, el dictador percibe su obediencia castrense, sin fisuras, y una cosmovisión ultracatólica, anticomunista, antimasónica, como la suya, y ya no lo separará de su lado.

Carrero desarrolla tres logros para la dictadura, según Castellanos: la designación de Juan Carlos de Borbón como sucesor de Franco, la transformación económica a finales de los cincuenta y principios de los sesenta, y el diseño de un sistema administrativo institucionalizado, propiciando lo que Tusell catalogó como "una dictadura burocrático-religiosa dirigida por una élite de administradores". Fue además uno de los primeros munidores de los pactos del régimen con EE UU y el Vaticano.

Profundamente reaccionario, Carrero representaba el monolitismo franquista frente a cualquier tímido movimiento aperturista. Por ejemplo, en términos de educación hablaba de la nece-



Kissinger (izquierda) y Carrero (centro), horas antes del atentado. / EP

po muy joven que, con poca preparación y cometiendo errores, consiguen algo así", señala Rivera. "El franquismo irradiaba una apariencia de omnipresencia y poder muy superior a la realidad", sentencia.

Esa percepción es compartida desde hace años. "La policía, dedicada a la prevención de este tipo de delitos, estaba polarizada en la persecución de personajes hostiles al régimen, de rojos, para entenderlos, y sus campos de trabajo eran fundamentalmente las fábricas y la universidad. Sinceramente, se despreció la capacidad operativa de ETA", les confesó una fuente de los servicios de seguridad a los periodistas Ismael

sididad que escuelas y universidades "formen hombres y no maricas, y esos melenudos trepidantes que algunas veces se ven no tienen ni con mucho ese fin".

En 1978, en el quinto aniversario del atentado de Carrero, llegó la venganza. Un grupo parapolicial presuntamente formado por agentes del extinto Servicio Central de Documentación (Seced, los servicios secretos puestos en marcha por Carrero) encontró y mató a Miguel Beñarán, *Argala*, en Anglet, en el País Vasco francés. Murió víctima de una explosión activada al arrancar su Renault 5 color naranja. Para entonces, el dictador Franco ya había muerto, octogenario, en la cama.

Erri de Luca traza en su último libro un retrato de su ciudad sin monumentos ni iglesias, pero con pasta, Maradona, mar, olores y sonidos

El Nápoles "donde los bobos morían de pequeños"

BERNA GONZÁLEZ HARBOUR

Madrid

Hay ciudades tan literarias que, aunque no se visiten, se conocen como un territorio propio, íntimo y familiar, porque la literatura y el cine han hecho tanto por ellos que ninguna agencia de viajes podrá jamás superar la oferta de evocación. Una de ellas es Nápoles, ciudad intensa, ruidosa, tan cultivada como erosionada por el desgaste de una historia registrada no solamente en sus piedras, en sus monumentos y sus foros, sino en páginas bellísimas como las que Erri de Luca acaba de publicar bajo el título *Napátrida. Volver a Nápoles* (Periférica).

De Nápoles se sabía de sobra gracias a Elena Ferrante, que dibujó en su tetralogía *Dos amigos* unos barrios en los que uno se puede encontrar a un padre tirando a su hija por la ventana si se rebelaba. También hubo un lanzamiento por el balcón de lo más natural en *El oro de Nápoles*, de Vittorio de Sica, película que combina historias asombrosas de clasismo, orgullo y ruido, en la que destaca especialmente una jovencísima Sophia Loren, protagonista también de *Ayer, hoy y mañana*, otra mirada en clave más risueña de la ciudad, o de *Matrimonio a la italiana*, junto a Marcello Mastroianni.

Otros filmes, como *Te querré siempre*, con Ingrid Bergman dando vueltas bajo las órdenes de Rossellini, o *Los cuatro días de Nápoles*, sobre la epopéyica resistencia en la guerra, también han pintado una ciudad indomable, vital, de supervivencia por encima de todo y más allá de cualquier regla. Sin olvidar la más reciente *Gomorra*, la obra de Roberto Saviano, también llevada al cine, que le ha costado el exilio perpetuo.

De Luca, napolitano de 73 años, había dejado frescos abundantes de su ciudad natal en libros como *El día antes de la felicidad*, pero es en *Napátrida* donde se vuelve en trazar el retrato más hondo, poético a la vez que seco y personal de la ciudad. Es un libro donde importa tanto el escenario como la relación de su autor con él.

El poeta que fue albañil o camionero recuerda bien el olor a azufre del que huyó a los 18 años tras una infancia que soportó, dice, "como una cuarentena". También la severidad de un padre, el trato recio y sin compasión del profesor, la prisa, los gestos, la densidad de una ciudad que él llama "de cuidados intensivos" y "donde los bobos morían de pequeños".

"He escrito en lugares estrechos e incómodos porque pro-



Erri de Luca, en julio de 2021 en Giffoni Valle Piana (Italia). / L.R. (GETTY)

El autor volvió para abrazar a su padre, que habló la lengua propia al agonizar

"Napátrida es quien se raspa sus orígenes para entregarse al mundo", afirma

viajan por el cuerpo, inextirpables".

También regresó, claro, cuenta de Luca, para abrazar a un padre que "volvió a hablar en napolitano mientras agonizaba". "Ni morirme puedo, me dijo una mañana al salir de una noche que se pasó frisanando el final sin conseguir embocarlos". Y él callaba, dice, "si es que hay silencios en napolitano". Volvió también por amor, el de una mujer que esperaba sus manos de lija con su piel delicada, pero no fue suficiente para amarrarle de nuevo a su tierra. En su libro también hay posguerra, hay Maradona, hay pasta, hay mar, hay sonidos, hay olores, hay rastros.

No hay monumentos, museos ni iglesias, no hay belleza artística en esta guía de viaje de Erri de Luca porque, como asegura, "napátrida es quien se ha raspado del cuerpo sus orígenes para entregarse al mundo". Y lo que queda en él es el olor a chimeneas, estufas de carbón, cazuelas con restos de tomate ennegrecido y de ropa lavada en la calle. El gusto a alquitrán calcinado, al oxígeno salado del puerto y al sulfato de calcio del yeso, polvo del trabajo.

El derecho de ciudadanía ha prescrito, dice De Luca, al menos el suyo propio. Pero, prescrito o no, el autor demuestra que Nápoles, en suma, si tiene quien le escriba.